



Homilía en la Misa de funeral del presbítero Andrés Jiménez Jiménez Parroquia de Santa Bárbara (Soria) - 9 de marzo de 2021

Querida familia de nuestro hermano don Andrés,
queridos sacerdotes concelebrantes,
hermanos todos en el Señor.

En esta tarde comparto con vosotros los sentimientos, un tanto encontrados, por la muerte de nuestro querido hermano sacerdote. Por un lado experimentamos el dolor de la separación, de la muerte, del derrumbe del edificio humano. Por otro, los hijos de Dios sabemos que el pesar de la muerte se supera con la firme adhesión a Cristo, que es para nosotros resurrección y vida. La fe nos ayuda a entender que esta vida terrena es el camino hacia la Vida eterna. Como dice el Prefacio I de difuntos: *“porque la vida de tus fieles, Señor, no termina, se transforma y, al deshacerse nuestra morada terrenal, adquirimos una mansión eterna en el Cielo.”*

La muerte de este sacerdote de nuestro presbiterio ha ocurrido en este tiempo de Cuaresma, tiempo de sacrificio, de dolor, de mortificación; pero no olvidemos que la Cuaresma es un don de Dios porque también es tiempo de gracia, de misericordia y de salvación. El Papa Francisco ha escrito un precioso mensaje para la Cuaresma que lleva el siguiente título: *“Mirad, estamos subiendo a Jerusalén...” (Mt 20,18). Cuaresma: un tiempo para renovar la fe, la esperanza y la caridad.* Este tiempo es paradigma de la vida cristiana: estamos en camino hacia la Pascua. Toda nuestra vida está bajo la luz de la Resurrección que nos hace vivir en esperanza. Caminamos hacia la Pascua, no por nuestros propios méritos ni por nuestras propias fuerzas, sino porque Cristo ha entregado su vida en la Cruz y Dios lo ha resucitado. Nos dice el Papa: *“Vivir una Cuaresma con esperanza significa sentir que, en Jesucristo, somos testigos del tiempo nuevo, en el que Dios hace nuevas todas las cosas (cf. Ap. 21,1-6)”*.

Don Andrés, a quien hoy despedimos cristianamente, nació un 18 de mayo de 1941 en esta localidad de Santa Cruz de Yanguas; tras completar sus estudios en nuestro Seminario diocesano, recibió la ordenación sacerdotal el 30 de marzo de 1966 y fue nombrado párroco de Vizmanos y vicario parroquial de Ólvega. Durante muchos años

fue párroco de Duruelo de la Sierra y a continuación de Almazán, donde también fue arcipreste y profesor de religión de su instituto. Los últimos años ejerció su ministerio como capellán del hospital Santa Bárbara.

Damos gracias a Dios por su ministerio sacerdotal, en el que entregó generosamente su vida siempre en actitud de disponibilidad, fomentando la esperanza de las personas que le fueron encomendadas, particularmente en esta última época como capellán del hospital. Con la celebración del sacramento de la unción alivió el alma y el cuerpo de muchos enfermos, ayudándoles a vencer las dificultades propias de la enfermedad y de la vejez. De D. Andrés nos queda el recuerdo de su condición de servidor cercano, reflexivo y prudente. Nuestra fidelidad a Dios expresa el deseo de corresponder a su generosidad con nosotros.

Hemos escuchado el cap. 25 del Evangelio de San Mateo, conocido como el Juicio final o el Juicio de las Naciones. El Señor nos dice que la compasión, la misericordia con el otro es el criterio para gozar de la vida eterna. Y la razón no es puramente humana, antropológica sino cristológica: *“En verdad os digo que cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis”* (Mt 25,40). De ahí que la muerte, queridos hermanos, sea el paso para contemplar el rostro de Dios cara a cara. Ante la muerte, los cristianos estamos llamados a mantener el mismo asombro que ante la vida. Nadie se da la vida a sí mismo y nadie muere para sí mismo, sino que, si vivimos, vivimos para el Señor y, si morimos, para Él morimos.

Para terminar, quisiera expresar mi agradecimiento a la familia de don Andrés que siempre se ha mostrado tan cercana a él, particularmente en los momentos de su enfermedad. A D. Manuel Peñalba que ha sido para él en estos últimos años hermano y un apoyo inestimable. Un agradecimiento especial a los responsables de la Casa diocesana y a su personal que durante estos últimos meses lo han atendido de manera exquisita, como siempre. Gracias también a las personas que, a lo largo de su dilatado ministerio sacerdotal, han colaborado con él en las diversas tareas encomendadas. Gracias a todos por vuestra presencia esta tarde, signo de vuestra amistad y aprecio a nuestro hermano sacerdote y manifestación de vuestra comunión en la esperanza cristiana. Lo encomendamos a la misericordia del Padre Dios para que las fragilidades propias del peregrinar en este mundo no le hayan impedido sentarse ya en la mesa del Reino.

El amor maternal de María nos acompaña y protege de una manera muy especial en estos momentos. D. Andrés profesó siempre una tierna devoción a la Virgen; a ella nos dirigimos y a su cuidado maternal nos encomendamos: *“Vida, dulzura, esperanza nuestra, vuelve a nosotros tus ojos misericordiosos y después de este destierro, muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre”*. Amén.

✠ Abilio Martínez Varea
Obispo de Osma-Soria